



A PROPÓSITO DEL HALLOWEEN

V. H. Raúl Renowitzky Comas, P.M.
Colombia

© Autorizada su difusión en la Cadena Fraternal por el autor

*“Cuando el Rey del Universo acabó creando al hombre,
tomó los restos que le habían sobrado
y con ellos hizo la palmera”
Proverbio árabe.¹*



Halloween o Noche de Brujas es una fiesta que se celebra principalmente en Estados Unidos, Norte de México, y algunas provincias de Canadá en la noche del 31 de octubre.. Tiene origen en la festividad celta del Samhain y la festividad cristiana del Día de todos los santos.

Llegan por estos días a mi correo electrónico, como suele ocurrir año tras año, diferentes mensajes respecto del Halloween.

Y hay de todo. Desde los jocosos, producidos por la siempre irreverente juventud, hasta los más radicales de quienes desde la óptica religiosa ven en ello la temible acechanza de la bestia. Pasando, desde luego, por los que la izquierda criolla lanza advirtiéndonos contra la invasión doctrinaria y mercantilista del capitalismo salvaje proveniente del norte. Todo como en los mejores relatos del temible Conde Drácula.

Debo decir que lo que parece faltar en ellos, es la tranquilidad del análisis desapasionado y desprovisto de descalificaciones a priori. El tranquilo repaso de la historia, como el tiempo, tiende a poner las cosas en su debida dimensión. No importa cuánta manipulación pueda haber recibido en un momento dado. Algo que, desafortunadamente, siempre ocurre.

Para aproximarnos un poco a lo que realmente significa esta fiesta, porque solo eso es, una fiesta, una celebración, comencemos por remontarnos a un período que se inicia en el siglo XIII a.C., cuando unos pobladores descendieron por la margen derecha del Ródano ocupando el Languedoc, Cataluña y el bajo valle del Ebro, a la vez que otra expansión les llevaba a Bélgica y el sureste británico, para ocupar una *“...región de Europa situada hacia el oeste, entre el Polo Norte y el occidente equinoccial. De forma cuadrangular, linda con los Alpes ... por el este, con los Pirineos por el sur y el viento meridional, con el mar exterior a las columnas de Hércules por el oeste, con los escitas y tracios en la dirección del viento norte y el río Istro (Danubio). Es tal el tamaño que casi puede ser llamada la cuarta parte de Europa, húmeda, fértil, abundante en frutos y excelente para criar ganados...”*²

En ese paraíso, vivía a sus anchas un pueblo. Pero no cualquier pueblo, sino uno especial, cuya huella ha perdurado hasta hoy, no tanto por sus logros materiales sino por la fuerza de su espiritualidad. Eso, indudablemente, lo hace especial. Eran los Celtas, que en el siglo VII (veinte siglos después!), llevaron a cabo una de sus últimas expansiones cuando invadieron Caledonia, que luego se llamaría Escocia.

Su nombre, dicen algunos, deriva de *Celto*, un gigante que habitaba por esas regiones, lo cual no era extraño en una raza de seres altos, aún para el promedio actual. Otros dicen que Hércules y una hija de Atlas, engendraron dos hijos: *Ibero* y *Celto*, que dieron nombre a las regiones que dominaron. Algunos, en fin, apoyan la leyenda que se remonta al tiempo en que los griegos llegaron por mar a la Galia, llamando *Célsica* (abordaje) a esa nueva tierra, nombre que presumiblemente derivó a *Céltica*.

Sea cual sea la verdad, que quizá algún día sepamos, o quizá no, el hecho es que ese pueblo, tenía una clase social de intelectuales, algunos de cuyos miembros ejercían funciones religiosas, pero otros eran lo que hoy reconoceríamos como médicos, poetas, trovadores, filósofos, astrónomos y, claro está, magos; entendiendo esta última palabra como *“persona singularmente capacitada para el éxito en una actividad determinada”*, según la definición del Diccionario de la R.A.E.³ Estos eran los Druidas.

Y podemos entonces, en este punto, recibir toda clase de definiciones acerca de la naturaleza de los Druidas. La mayoría, con seguridad, a la luz de las actuales concepciones religiosas. Brujos, les llamarán algunos despectivamente. Hechiceros. Encantadores. Espiritistas. Adivinos. Mal comienzo.

Y digo mal comienzo porque detrás de cada una de esas definiciones, se esconde el prejuicio que resulta de tratar de entender a los demás según nuestros propios patrones de vida contemporánea. Olvidando que también en estos casos, resulta más recomendable y efectivo “*calzar las zapatillas del otro*”.

Los Druidas eran, ante todo, depositarios y transmisores de la tradición, algo que ha sido común en los cultos a lo largo de la historia. Al igual que los demás pueblos europeos de la edad de hierro, tenían una cultura politeísta, pero estaban muy bien estructurados en el campo de la religión. Se dice que creían en un *Principio Supremo* al que reverenciaban como *Teut* ó *Teutates* (Espíritu Tribal), de donde proviene el gentilicio *teutón* ó *teutones*; creían en la inmortalidad del alma y en la recompensa y/o castigo como resultado de los actos del hombre durante su vida. Predicaban tres reglas de vida: servir a *Teut*, abstenerse de hacer el mal y actuar siempre con valor. Fungían como jueces tanto en lo material como en lo espiritual y sancionaban severamente las contravenciones a la ley sagrada. Todo muy familiar para nosotros. Y muy “inofensivo”, o quizá mejor: muy “cotidiano”.

El problema, creo percibir, surge cuando nos adentramos en sus prácticas, es decir, en sus *rituales*. Los que también pretendemos entender a la luz de la modernidad. Nada más desafortunado.

Como primera medida, está el culto al árbol de roble. Se insiste en entender esto como prueba irrefutable de idolatría. Pero olvidamos que mucho antes de los Druidas, ya el ser humano primitivo había tratado de entender y aplacar a la naturaleza indómita rindiendo culto a la *Gran Madre Naturaleza*, o sea a la tierra húmeda y fecunda generadora de toda la vida, a la que no pudiendo asir dada su magnitud, veía representada en las *Piedras Negras*, las que suponía parte del todo y poseedoras de las mismas facultades fecundadoras que tenía ese todo. Una de tales piedras, por su tamaño y peso, no podía acompañar al hombre en sus desplazamientos, así que si necesitaba rendirle culto durante una larga travesía, requería encontrar otra representación de esa *Gran Madre*. Y halló el *árbol*. Símbolo por excelencia del ascenso hacia el infinito, de la comunicación entre la tierra fecunda y el cielo. Y los árboles vinieron a ser los nuevos *símbolos* de la Gran Madre, pero a la vez se constituyeron en hitos que marcaban los caminos y brindaban amparo al viajero. Y, en consecuencia, se les atribuyeron nuevas bondades: protectores y guías para los espíritus extraviados. Amén de sus atributos medicinales.

Diferentes culturas han rendido tributo al roble, al olmo, al haya, al fresno, al tilo, a la palma, etc. Algunos eran utilizados como lugar de encuentro tribal, especialmente en los momentos de transmisión de tradiciones religiosas; ciertos pueblos, durante una batalla, trataban de destruir el árbol sagrado del contrincante, creyendo cortar así el contacto con sus dioses protectores. En la China antigua, los árboles sagrados demarcaban sitios energéticos para el culto budista. En un momento dado, para buscar mayor privacidad y evitar el bullicio de los lugares públicos, ciertos nobles idearon los bonsai, a fin de poder orar en el tranquilo silencio de sus palacios.

Los griegos tenían sus bosques sagrados (*alsos*), así como los romanos (*lucus*). Cultos a la vegetación encontramos también en los rituales religiosos de Mesopotamia, Australia, Indochina, India, Fenicia, el Egeo y Escandinavia, donde tenían su *Yggdrasil*.

Los cabalistas judíos, basados en los escritos de Moisés de León que él mismo atribuyó a Simeón Bar Johai, describen la “*unión entre el Infinito (En Sof), la Voluntad Suprema y la buena voluntad de los hombres*”, como los *sefirot*, que emanados de la Corona, forman el *Arbol de la Vida*.⁴ El hombre, en fin, se nos dice que selló su destino por el deseo de conocer los secretos del *árbol del bien y del mal*. Los cristianos medievales plantaban un olmo frente a las iglesias y catedrales, para asegurar la benevolencia de Dios. Los Templarios, esos míticos monjes guerreros del medioevo, adoptaron el fresno como símbolo de Juan el Bautista.⁵ Los cátaros del Languedoc reverenciaban al roble como emblema de la hospitalidad, al ciprés como símbolo de longevidad y de la inmortalidad del alma, pero también a la palmera como atributo de la paz, la abundancia, el equilibrio y la victoria sobre las pasiones.⁶ En la pascua, se baten palmas y olivos en señal de renovación de la fe. La Iglesia Católica unge a sus adeptos con el *crisma*, mezcla de aceite de olivo con bálsamo, etc., etc., etc.

Nada extraño, por tanto, en el culto a algunas especies vegetales.

Y en cuanto al parásito del roble: el muérdago (*guythil*), era retirado por los Druidas (para proteger al roble) vistiendo túnicas blancas, entonando cánticos y usando para ello una hoz de oro, recogéndolo en velos de lino, que quedaban por tanto santificados y dedicados solo al culto sagrado.

Del muérdago, extraían una sustancia purgante que servía para indicar la *renovación* del ser, su *limpieza* interior. Muy simbólico. También, lo conservaban pulverizándolo y llenando bolsitas que obsequiaban durante la celebración del año nuevo, era el “muérdago del año nuevo” (*Aguilanneuf*), de donde algunos creen deducir el origen de la palabra aguinaldo. Algo que está por demostrar. Al menos para mí.

Nada extraño aquí tampoco. Un ritual estacional asociado al anterior.

Y llegamos a la cuestión central. La celebración del *Samhain*.

El calendario Celta, leemos, dividía el año en dos mitades: la “oscura”, que comenzaba en el mes de *Samonios* (fase lunar de octubre-noviembre) y la “luminosa”, que se iniciaba en el mes de *Giamonios* (fase lunar de abril-mayo). Algunos sostienen que el año comenzaba con la oscuridad, es decir con la luna llena de octubre-noviembre, fase que duraba tres días, marcando el punto medio entre el equinoccio de otoño y el solsticio de invierno. El festival se extendía, igualmente, por tres días. Con el nombre de *Samhain* denominaban la celebración de dicho festival.⁷ Hay, debo decir, quienes sostienen que no está probado que ese fuera el inicio del año y que por el contrario tal momento habría estado ubicado en diciembre o quizá en marzo. No es éste el momento de discutirlo.

Al igual que en tantos ritos, en tantas culturas y en tantos momentos de la historia de la humanidad, el festival se refería en el fondo a la muerte y la regeneración, al ciclo permanente de la vida, al control y la renovación del tiempo. Se recogían las últimas cosechas y se almacenaban los granos como reservas para el invierno, se sacrificaban los animales y se salaban sus carnes con el mismo propósito. Había que prepararse para la llegada de la época más dura.

Los huesos de todos los animales sacrificados se lanzaban a las llamas de un fuego común, con el que se decretaba la extinción temporal de los fuegos individuales de los diferentes hogares. El simbolismo no puede ser más patente: la dureza de la época por llegar requería de la unión para la supervivencia. Los individualismos no tenían cabida a partir de ese momento. Y había que motivar al grupo, en ceremonia colectiva, para el efecto.

En algunas regiones se hacían dos grandes fuegos comunes y la población caminaba entre ellos de manera procesional, con el fin de purificarse. Creo más bien que de este modo sellaban públicamente el pacto de ayuda común de que hablamos antes.

Hacían también magia con ello? Quizá, pero bien lo dice M. Mauss en su *L'Esquisse d'une théorie générale de la magie*: “Los ritos mágicos y toda la magia, son en primer lugar hechos de tradición ...los actos en cuya eficacia no cree el grupo no son mágicos ... solamente las necesidades colectivas, experimentadas por todo un grupo, pueden obligar a todos los componentes de ese grupo a efectuar la misma síntesis al mismo tiempo ... la creencia de todos, la fe, es consecuencia de la necesidad de todos, de la unanimidad de los deseos. El juicio mágico es el objeto de un consenso social, bajo cuya presión se desencadena toda una serie de fenómenos de psicología colectiva: la necesidad percibida por todos sugiere a todos el objetivo que hay que perseguir”.⁸

Los Celtas creían que al iniciarse la mitad “oscura” del año, precisamente en ese momento, los espíritus de sus muertos podrían regresar en busca de un cuerpo vivo

que los acogiera de nuevo en este mundo. Para calmarlos, dejaban fuera de sus casas tortas y vino, a fin de que las almas errantes se distrajeran hasta pasada la festividad.

Nada nuevo para nosotros. Muchas culturas creen aún que en ciertos momentos del año, el mundo espiritual y el material llegan a un clímax de acercamiento tal, que pueden trastocarse las ubicaciones de las almas. En la tradición de algunos se encuentra la creencia de que anualmente las brujas fortalecían sus poderes durante las lunas llenas de octubre (qué coincidencia!) y enero, momentos en los que “sentían” más de cerca las fuerzas del más allá. Si no aprovechaban esos momentos especiales para “conectarse”, perdían poco a poco sus poderes.

Respecto de las predicciones, la tradición indicaba que la supervivencia dependía del vaticinio favorable de los Druidas. Tampoco es algo novedoso. La adivinación y el augurio han estado y están en todas las culturas. Hoy día, vestimos prendas interiores amarillas o comemos doce uvas para atraer la prosperidad, o nos obsequiamos y comemos miel y manzanas para tener una temporada “dulce” y amable, o damos la vuelta al vecindario con una maleta para garantizar un viaje, o simplemente nos deseamos feliz año. A propósito: las manzanas eran representativas de las fiestas romanas dedicadas a *Pomona*, realizadas por la misma época del año. Los actuales descendientes de los Celtas, solo hacen inofensivas conjeturas, porque ni siquiera son pronósticos certeros, sobre quién será la eventual pareja de un o una joven en edad de matrimonio.

La víspera del festival, “*Samhain Eve*”, coincide con nuestro actual 31 de octubre. En los países como Irlanda y Escocia, aún se honra la memoria de los muertos y se refieren anécdotas de los antepasados. De la mano de las mencionadas conjeturas.

No me extenderé sobre los sacrificios, ya que es ampliamente sabido que en todas las religiones se han sacrificado animales al dios del pueblo. En el Antiguo Testamento se muestra hasta la saciedad cómo los sacrificios se mantuvieron como costumbre del pueblo judío mientras hubo Templo en el cual hacerlos. Solo la definitiva desaparición del Templo, llevó a que la oración y el estudio los reemplazaran.

Que untaban los Celtas con sangre de los animales sacrificados sus viviendas para alejar los malos espíritus durante esas festividades? Moisés hizo lo propio con sangre del cordero sacrificado para alejar al ángel de la muerte de los hogares del pueblo judío durante su lucha con el faraón en pos de lograr la libertad de su pueblo. Y fue por instrucciones de Yahveh. Quienes no lo hicieron, perdieron a sus primogénitos.

Que el Papa Bonifacio IV en el siglo VII, estableció el 1º de noviembre como Día de Todos Los Santos y después se instituyó el Día de los Muertos? Ningún problema. Son festividades diferentes. O quizá la misma bajo ópticas diferentes? En todas se

rememora la muerte. Y por tanto el tránsito a otra estancia. Una vez más: el eterno ciclo.

Quizá, antes que pensar tanto en la etimología y en el peligro de esta fiesta que hoy nos ocupa, debemos recapacitar más sobre la verdadera dimensión de los símbolos y los rituales en lo que, para la vida de los pueblos, significan en cada etapa de su evolución. Y respetarlos. Y así, estaríamos todos más tranquilos.

La mayoría de las veces, no es sino cuestión de lenguaje, de comunicación, porque tal vez todos, antes y ahora, hemos querido decir lo mismo pero de diferentes maneras. Y solo la falta de perspectiva, de mente abierta, de querer verdaderamente entender a los demás, nos impide saber que, como dice M. Mauss, los actos en cuya eficacia no cree el grupo no son mágicos y que solo la necesidad percibida por todos, sugiere a la comunidad el objetivo que hay que perseguir.

Y ese objetivo común debería ser la magia que nos brinda nuestro universo colectivo cuando está en paz y cuando, como en el Languedoc de los cátaros, se perciben libres y alegres las palmeras al viento.

Trazado a comienzos del tercer trimestre de 2006 (e. v.)

NOTAS:

¹ LA MITOLOGIA CATARA, Jesús Avila Granados, Ediciones Martínez Roca, Madrid, España, 2005, p. 147

² EL ORIGEN DE LOS CELTAS, SEGÚN LOS CLÁSICOS, Celtiberia, <http://www.celtiberia.net/articulo.asp?id=347>

³ REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, <http://www.rae.es/>

⁴ ANTOLOGIA DEL ZOHAR, Editoria Edad, Madrid, España, 1996, p. 18

⁵ LA MITOLOGIA TEMPLARIA, Jesús Avila Granados, Ediciones Martínez Roca, Bogotá, Colombia, 2003, pp 129 a 135

⁶ LA MITOLOGIA CATARA, Jesús Avila Granados, Ediciones Martínez Roca, Madrid, España, 2005, pp. 141 a 148

⁷ SAMHAIN, WIKIPEDIA, <http://en.wikipedia.org/wiki/Samhain>

⁸ HISTORIA DE LAS RELIGIONES, G. Filoramo, M. Massenzio, M. Raveri, P. Scarpi, CRITICA, Barcelona, 2000, pp. 390 a 393